

Bianca Ramírez Rivera, *Ver sin ser visto: centros clandestinos de detención en Argentina como dispositivos panópticos (1976-1983)*, prólogo de Silvia Dutrénit Bielous, México, CIALC-UNAM, 2020, 363 págs.

La obra aquí reseñada aborda un capítulo doloroso de la historia argentina del siglo pasado y la represión encubierta ejercida por el Estado en el periodo conocido como Proceso de Reorganización Nacional. El prólogo de Silvia Dutrénit Bielous es una sugerente invitación a la lectura y un reconocimiento al esfuerzo de investigación de Bianca Ramírez Rivera, además de brindarnos una introducción a la metodología que sigue la autora. Imposible sería considerar aquí todas las aristas tan interesantes de esta obra, pero sí quisiera intentar un resumen de algunos de los puntos neurálgicos que más me han conmovido. Por tanto, insisto en la importancia de leer con todo cuidado el texto y apreciar las referencias bibliográficas, el acceso a las fuentes y a los testimonios ofrecidos para reconstruir ese complejo pasado, tan pesado, y articular, además, tiempo y espacio en sus modos situacionales.

Obviamente a quienes sobrevivimos esos tiempos no sólo nos emociona la lectura sino que nos remueve la memoria y nos ayuda a poner ojos sobre otras aristas del pasado desde un presente activo y potenciado. Acerca de lo anterior, al final de esta reseña regresaré sobre algunos recuerdos y los compartiré.

En el primer capítulo se examina el llamado Proceso de Reorganización Nacional y el modo en que funcionaron los Centros Clandestinos de Detención (CCD) como dispositivos panópticos. Dichos dispositivos se establecieron con anterioridad al golpe de 1976 y a partir del mismo se fue gestando un nuevo modelo, podríamos decir más detallado, que Ramírez Rivera revisa con todo cuidado.

Los antecedentes conducen a Estados militarizados desde los años cincuenta del siglo xx y la autora menciona a Alfredo Stroessner en Paraguay, João Goulart en Brasil, Hugo Banzer en Bolivia, Manuel Antonio Noriega en Panamá, Efraín Ríos Montt en Guatemala, Anastasio Somoza en Nicaragua y a las Fuerzas Armadas en El Salvador y Honduras. Y ya en los setenta vendrían los golpes de Estado en Uruguay, Chile y Argentina. Con el golpe en Chile, desde 1973 dio inicio el Plan o la Operación Cóndor hasta su fundación oficial el 28 de diciembre de 1975 en Santiago de Chile, durante una reunión de los encargados de las labores de inteligencia de las dictaduras sudamericanas. La autora subraya que este proceso fue “autorizado” por Juan Domingo Perón. También en plena Guerra Fría se montaría en Panamá, como parte del Estado o Doctrina de Seguridad Nacional, la Escuela de las Américas dirigida por Estados Unidos con la colaboración de Francia, con lo cual los Estados y gobiernos se militarizarían más todavía.

Veamos entonces algunos momentos de Perón. Este militar participa en el golpe revolucionario del 4 de junio de 1943 y asume la presidencia en 1946. El primer peronismo irá de 1946 a 1952; el segundo, de 1952 a 1955, año este

último en que la autodenominada “Revolución Libertadora” produce su caída. A partir de este hecho comienzan a vislumbrarse con cierta claridad el ala derecha y el ala izquierda del peronismo. La violencia guerrillera tendrá cada vez más presencia. Ambas alas eran impulsadas por el general Perón desde su exilio en España. El 17 de noviembre de 1972 Perón retorna a Argentina. En 1973 gana las elecciones el peronista Héctor José Cámpora y tres meses después de asumir la presidencia del país la deja, con lo que Raúl Lastiri queda como presidente interino. Se convoca a nuevas elecciones el 23 de septiembre de 1973 y gana la fórmula “Perón-Perón”: el general Perón y su esposa María Estela (Isabel) Perón asumen los cargos de presidente y vicepresidenta, respectivamente. José López Rega, mano derecha del general y una especie de tutor de *Isabelita*, encabeza la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), que aumenta la violencia que ya venía desatada en los medios y difunde las “listas negras”. Perón muere el 1º de julio de 1974. Para frenar la subversión desatada contra su gobierno, *Isabelita* promueve el Decreto 1368/74 y el estado de sitio. La acción paramilitar también aumenta claramente. La represión es visualizada en casos fuertes como el denominado Operativo Independencia en Tucumán en 1975. La presidenta promulga el Decreto 2772/75 que desata la guerra contra la subversión, siguiendo siempre consejos y presiones de los militares. Finalmente, el 24 de marzo de 1976 asumen el general Rafael Videla, el almirante Emilio Massera y el brigadier Orlando Agosti, miembros de la Junta Militar, en el denominado Proceso de Reorganización Nacional. El golpe ya estaba.

En el segundo capítulo se examina ese Proceso de Reorganización Nacional, antes mencionado. La represión y el terror de Estado son justificados como medidas necesarias para enfrentar la “subversión”; incluso el personal civil practicó la represión clandestina contra los denotados como “enemigos de la Patria”. Todo lo anterior pese a que dos años antes se había decretado el estado de sitio y no se aceptaban manifestaciones callejeras. Se nombra una Comisión de Asesoramiento Legislativo integrada por nueve oficiales y se establece pena de muerte, detenidos y (en palabras de Eduardo Luis Duhalde) desarticulación de la sociedad política y civil: disolución de partidos políticos con rasgos comunistas y de sindicatos y modificaciones en la educación mediante intervención de universidades, eliminación de disciplinas sospechosas (psicología, marxismo, historia, filosofía, sobre todo la marxista, política, matemáticas modernas), nada de colaboración entre estudiantes, ataque a “bandas” como el Ejército Revolucionario del Pueblo, los Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias y a organizaciones estudiantiles como la Unión de Estudiantes Secundarios y las Juventudes Universitarias Peronistas. El gobierno destacó, por el contrario, la importancia de la familia y de la historia, la formación cívica, la economía, la geografía, el castellano y la literatura, insistiendo en que la formación en lenguaje no refiriera al “grupo”. En fin, educación “occidental y cristiana”, con énfasis en la función del docente como gendarme ideológico.

En relación con el cuestionamiento a la prensa, en 1978 se lanza la Operación Claridad. Se avanza contra libros que son considerados como veneno a partir

de la guerra en Córdoba en 1976. Massera declara terminantemente prohibidos a tres autores: Marx, Freud y Einstein. Por lo demás, el accionar justificado era clandestino, de terror, y se enuncia como disposición final: depurar. Se dividió al país en cinco zonas. La tercera zona fue mi lugar de origen, Mendoza, a cargo del militar Luciano Benjamín Menéndez. Funcionaron así grupos de inteligencia y operativos o patotas en secuestros, torturas, desapariciones/“liberación”. Para ello usaban sobre todo automóviles Ford Falcon o lo que denominaban vehículos recuperados. Y los atrapados recibían número y para nada nombres. Practicaban la tortura física y aplicaban la picana eléctrica. Las modalidades de submarino mojado y seco, colgamientos, sexo, “gato”. Todo conducía a un tiempo insufrible. La autora cita de nuevo palabras de Duhalde: “presente continuo, pasado negado y futuro imposible” (p. 121). Por otra parte, el pase o legalización tenía tres ejecuciones: disposición final, pase a disposición del Poder Ejecutivo o libertad. Lo que significaron estas tres ejecuciones requiere detalle. En todo caso, el traslado tuvo cuatro formas de desaparición: vuelos de la muerte o vacuna, enterramientos clandestinos, tumbas n.n., calentamiento o asadito. Bebés y niños también eran apartados de sus progenitores y enviados a otros destinos. Por eso, tiempo después Raúl Alfonsín impulsaría la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) y posteriormente vendría el Nunca Más, como exigencia mínima de respeto a la vida humana.

En el tercer capítulo se incluye un examen de la dimensión panóptica vista desde la arquitectura carcelaria de Jeremy Bentham (1748-1832) y de la reconceptualización de panóptico realizada por Michel Foucault (1926-1984). Ramírez Rivera retoma aquí estas propuestas para entrar en la coyuntura que analiza. A finales del siglo XVIII, a partir de la filosofía utilitaria se toma en cuenta el dolor y el placer y se propicia el castigo legal, moral y religioso. El modelo carcelario ruso también articulará arquitectura y vigilancia. El ver sin ser visto es una fuerza inspectiva. Foucault, a partir de *Vigilar y castigar* (1975), propiciará una metodología histórico-arqueológica donde poder y cadena serán nodales. Distinguirá tres sociedades: punitiva, disciplinaria y de seguridad, donde lo anormal se vuelve degeneración. Y tres tácticas para el control: clausura, zonas, emplazamientos, fuerzas punitivas; automatización del poder, disciplinas; el valor protestante del trabajo. Para Gilles Deleuze (1925-1995) se trata de imponer una conducta. De este modo el “dispositivo panóptico” tendrá formas de agenciamiento. Aquí tendríamos que añadir el importante estudio que sobre el centro psiquiátrico La Castañeda, en México, realizó nuestra amiga María Inés García Canal, así como sus rigurosos trabajos sobre Foucault.

El cuarto capítulo muestra cómo ingresar a los Centros Clandestinos de Detención significaba dejar de ser. En once de las veintitrés provincias del país, tres modalidades fueron aplicadas: campo de concentración, tortura y exterminio, lugares de reunión o transitorios. Y los lugares se organizaron de cuatro formas: concentración, torturas o quirófano, guardias, espacio “cuerpos”. Todo en medio de “tabiques” para “no ver” y con la imposición también de “silencio”. Con mucho cuidado y precaución hubo formas de resistencia como hablar en voz

baja y lo más prudentemente. Ramírez Rivera revisa aquí tres ejemplos. Para la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) resultarán importantes los aportes y testimonios de la amiga Pilar Calveiro, quien felizmente sobrevivió esas dolorosas experiencias. La ESMA funcionó de 1976 a 1983, con unos cinco mil espacios. Casino, camarotes y cuchas, peñol o pecera, parto, capuchita, grillos o grilletes, balas de cartón, verdes. En Córdoba, al mando de Raúl Oscar Lacabanne, se realizó la “limpieza” en el Comando Libertadores de América, conocido como D2. Se trataba de marcar a cada uno de los detenidos, se usaba tranvía o *bondi*, iban al sótano y se les descalificaba como estudiantes o putas. Finalmente, la sede argentina del Plan Cóndor: Automotores Orletti. También denominada Operación Cóndor, tuvo lugar en Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina. En este último lugar dicha operación fue llevada adelante por la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) y el Batallón 601, alentada por neofascistas enfrentados a terroristas. La Milicia y la Triple A eran organismos vertebrales. En la Floresta, de mayo a diciembre de 1976 se instaló el Centro Clandestino de Detención Antonieta Orletti, también conocido como El Jardín, La Cueva de la Vía o El Taller. Las lamentables figuras de Otto Paladino y Aníbal Gordon, más algunos colaboradores uruguayos, se encargaron de su funcionamiento y formaron parte del denominado primer campo a cargo de Guillermo Suárez Mason. Los términos allí utilizados fueron, entre otros: verdad, material precario, esposados, silencio y número (dado que nadie llevaba nombre). Además de los trabajos de las amigas María Inés García Canal y Pilar Calveiro, quisiera añadir algunas de las publicaciones de la experiencia de otro amigo sobreviviente: Néstor Sergio Medina, *Militancia en el exilio* (2014) y *Miedos, amores y odios* (2018). Ellas dos y nosotros dos fuimos recibidos en México con toda generosidad.

Las conclusiones nos muestran cómo los Centros Clandestinos de Detención operaron como panópticos en el denominado Proceso de Reorganización Nacional y sus tres puntos más importantes fueron la ESMA, el Comando Libertadores de América y Automotores Orletti. Además de tablas y fotos, la autora nos comparte los comunicados del 24 de marzo de 1976.

Leer este texto invita a releerlo varias veces para poder asimilar lo tremendo de estas experiencias y las dificultades de su reconstrucción histórica como parte de una memoria que debe ser inolvidable para evitar que se repitan sus barbaries. Esto no ha dejado de producirme, como decía al iniciar, recuerdos de mis propias experiencias sobre las cuales quisiera mencionar mi trabajo como profesor universitario en medio de este caos, el secuestro de mi padre, la desaparición de mi abuelo paterno y mi tío, llevados a la ESMA y tirados al mar en los vuelos de la muerte, mi beca en la Fundación Bariloche, la partida a Ecuador, el envío de mis padres y hermanas a Canadá, mi traslado a Alemania y mi llegada a México. Éstas serían algunas pistas para una autobiografía todavía pendiente, pero llena de responsabilidades y agradecimientos. Estoy aquí y debo seguir siempre adelante.

*Horacio Cerutti Guldberg*